

EL CAMPO DE LA VERDAD

40

Escribe: OSCAR ECHEVERRI MEJIA

— I —

¿Qué es lo que ocultan los andaluces detrás de su amable máscara de alegría? ¿Qué honda vida interior, qué pozo de tragedia y de cogitación quieren borrar ante nuestra vida con su aparente intrascendencia?

Lo cierto es que los andaluces cantan porque son tristes, ríen porque son profundos, bailan porque son trascendentes. Todos los poetas andaluces que he leído (los verdaderos poetas, claro es) son trágicos en el mejor sentido del vocablo. No me refiero a la acopla de cafetín de rompe y rasga; ni a la canción que habla de puñales, de donjuanes que engañan a niñas más o menos púdicas y de lunas ojerasas.

No. Hablo de los poetas de verdad, desde Fray Luis de Granada y Góngora hasta Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. Sin olvidar a Séneca, poeta de la filosofía y prototipo de la adustez y la hondura de Andalucía.

He traído a cuento la vieja teoría de la seriedad y la dimensión del andaluz, porque acabo de leer (y releer) un libro de un sevillano que apenas ha llegado a los 30 años: Aquilino Duque.

— II —

Pertenece este andaluz a la última promoción de poetas españoles, heredera de los "de la postguerra", pero no imitadores de estos: Fernando Quiñones, J. M. Caballero Bonald, Eladio Cabañero, Manuel Alcántara y otros que se me escapan en el momento.

Es esta una generación de poetas exégetas de la vida y su misterio, de la muerte y su milagro. Verdaderos artifices del poema mas no *versificadores*, han logrado ellos superar al parnasianismo, enamorado de su propia imagen, como Narciso; al romanticismo, suspirante y solo preocupado del sentimiento amoroso y del paisaje físico; al simbolismo, perdido en las nieblas de sus propios signos; al modernismo, vuelto solo música.

Estos novísimos poetas españoles y sus inmediatos antecesores y maestros (Hierro, Celaya, Otero, García Nieto, Bousoño, Montesinos, etc.) han redescubierto a la poesía, nos la han devuelto limpia como en su principio, la han liberado del limbo al que algunos falsos ángeles la habían condenado.

Corroboración de lo que acabo de afirmar es este libro de Aquilino Duque, "El campo de la verdad" (1) que con su afirmativo título nos está dando ya una anticipación de su contenido. Ciertamente la poesía debe ser —ante todo— verdad; según afirma Amado Alonso, "lo poético de una poesía consiste en un modo coherente de sentimiento y en un modo valioso de intuición. El sentimiento no es solamente vivido, pues todos vivimos sentimientos, sino a la vez contemplado y cualitativamente configurado por el poeta. En el puro vivir, los sentimientos forman marejada, olas que van y vienen y se entrechocan, aunque el oleaje conjunto siga la dirección del viento; en el poetizar, se alcanza la unidad intencionalmente creada del momento sentimental".

Aquilino Duque ha tenido en cuenta —sin proponérselo y aun quizá sin haberlas leído— las anteriores palabras de su compatriota. Su libro es, en verdad, experiencia e intuición entremezcladas en tal forma que no sabemos donde termina aquella y donde empieza esta.

Por eso afirmé antes —y lo repito ahora— que la poesía debe ser primordialmente *verdad*. Mas no se entienda por esta la anécdota más o menos cierta, más o menos sentimental. Una de las grandes fallas del romanticismo es la sensiblería, que en él ocupa el lugar del sentimiento, así como la anécdota desaloja a la vivencia.

La nueva poesía (y el libro de Duque nos lo prueba) ha venido despojándose de todos aquellos lastres hasta quedar pura y verdadera como cuando la creó Dios.

— IV —

"El campo de la verdad" se divide en tres capítulos: *La soledad*, *El amor* y *La muerte*.

La Soledad es una serie de poemas asonantes, algunos escritos en verso libre, entre los que destaco el titulado: *A Joaquín Albalate, en primavera*:

"...llevas una vejez de bodega profunda,
una extraña solera de tormenta callada...".

"...solitario fantasma que persigues tu sombra,
marioneta que cuelgas del humo del cigarro...".

El Amor, segundo capítulo del libro, agrupa varios poemas y algunos sonetos. Entre aquellos prefiero los que Duque titula *Good haven* y *A Sandy Patterson, en el puente de San Telmo*. Hay en el segundo versos tan hondos como estos:

"Dime que el tiempo no es verdad, que el mar
no es mayor que una lágrima...".

(1) "El campo de la verdad". 74 Págs. "Adonais", Madrid 1958, por Aquilino Duque.

O como estos:

“...aunque sea
el beso que se da a los condenados
a la ausencia perpetua...”.

La Muerte, capítulo que cierra el libro, es —para mi gusto— el mejor de “El campo de la verdad”. Aquí está el poeta Aquilino Duque de cuerpo entero. Aquí dice *su verdad*.

De *La Muerte* no sabría cuál de los poemas destacar, pues en realidad este capítulo es todo de excelente calidad, y él solo justificaría el libro. Leyendo estos versos, todos elegíacos, nos convencemos del sentido trágico de la vida que tienen los andaluces. En verdad ellos “viven muriendo”; su vida parece un permanente entrenamiento para la muerte, un agotar “los días del presente, que son también pasados...”.

Pero claro que hay en esta parte final de “El campo de la verdad”, poemas que como hitos sobresalen: tales *Elegía de Mandingley Hill*; *Responso por Dylan Thomas, de pie en una tumba vacía*, y *La Muerte*.

El primer poema nombrado, escrito ante un cementerio de guerra, es una estremecida elegía a los muertos anónimos de la última guerra mundial. Siento que el espacio no me lo permita, porque desearía copiarlo íntegro; cito al azar:

“¿Oyes la granizada, oyes el trueno,
oyes bien la lejana artillería
de los ángeles? ¿Oyes el silencio
de los que te recuerdan? ¿Ves la lluvia
renovarte la vida que te cerca
en tu última trinchera inexpugnable?
¿Ves en Mandingley Hill el campamento
de las cruces que tachan de repente
nombres del libro de la juventud?”

En el *Responso por Dylan Thomas* hay versos inmortales como estos:

“...hacia esa posición de cuatro yardas
donde estás con otoño a la cintura,
medio cuerpo en la tierra, como un árbol
que aun tiene voz y pájaros en rama”.

Y cerrando el libro está *La Muerte*, verdadera arte poética, definitivo testamento lírico, tremenda definición del poeta Aquilino Duque. La muerte que —como sabemos— es la obsesión del verdadero andaluz, pone punto final a estos versos con su definitiva voz de sombras:

*“Porque la muerte es juncia y es romero
de Corpus en Moguer, con la fragancia
nauseabunda de flores corrompidas
enarbolando la materia
que ya no es nada, que es cartón y trampa
mortal de olvido...”.*

Y para que no quede duda de que el andaluz ama y vive de brazo con la muerte, estos versos finales:

*“Se ama como se muere: en un instante;
pero después amamos o morimos
toda una eternidad,
porque amar y morir todo es lo mismo:
es descubrir un mundo en unos ojos,
descortezar un árbol, desnudar a una novia,
y averiguar por fin en qué consiste
eso que llaman la Poesía”.*